



Varios de los asistentes al taller «La hora de comer en Al-Andalus», en el Museo Arqueológico Nacional

Desde fabricar una punta de lanza para cazar mamuts a una vasija de cerámica andalusí, pasando por los juegos típicos de la sociedad romana o las leyendas y trovas medievales. Son algunas de las propuestas estivales de los museos madrileños, que se enfrentan al reto del público infantil

Aprendices de Indiana Jones

TEXTO: ISABEL F. SANCHO FOTO: DANIEL G. LÓPEZ

MADRID. Acostumbrados a las aventuras del intrépido arqueólogo que inmortalizó en el cine Harrison Ford, muchas veces olvidamos que, para el resto de los mortales, esa pericia es el resultado de muchos años de estudio. Una formación que ahora puede iniciarse desde una edad tan temprana como los 5 años, gracias a las iniciativas de los museos de Madrid. Las manos manchadas de barro y todos los ojos atentos, expectantes, ante los sabios movimientos de Mariano Guerrero, maestro alfarero, antes de probar suerte ellos mismos. El resultado más habitual de estos primeros contactos con el mundo de la artesanía es la constatación, sorprendente para la mayoría, de que la cosa es mucho más difícil de lo que parece: el proceso de creación de una vasija esconde secretos insospechados cuando observamos unas manos expertas como las de Mariano. ¿Cerámica? Mucho más. Se trata de uno de los talleres organizados por el Museo Arqueológico Nacional para este verano, con los que se intenta demostrar que jugar y aprender no son actividades incompatibles.

Con la llegada de la temporada estival los museos se reactivan, se abren al público intentando superar su imagen tradicional de institución distante, seria, depositaria del conocimiento. La relevancia del arte y la cultura desde los ojos del niño. Así lo explica Trinidad de Antonio, jefa del servicio de

Educación y Acción Cultural del Prado: «Nos interesa conseguir que el museo forme parte de su vida, que lo vean como un lugar para descubrir y para disfrutar». Ángela García Blanco, conservadora del Arqueológico Nacional, apunta que «lo importante es enseñar al niño a observar, para que descubra él mismo lo que nos dicen las cosas».

Con esta premisa inicial encontramos actividades que nos permiten acercarnos al mundo de la cultura desde todos los ángulos imaginables: desde la confección de instrumentos neolíticos hasta las leyendas medievales, desde las costumbres de la civilización andalusí a las grandes obras de arte de todos los tiempos, pasando por avances científicos y tecnológicos como la electricidad. Aunque en lo que se refiere a preferencias, los niños lo tienen claro: la Prehistoria y el antiguo Egipto son los favoritos.

Las actividades intentan cubrir todo el abanico de edades que va desde la más tierna infancia —desde tan sólo cinco años en algunos casos— a la adolescencia, dando entrada también en ocasiones a las familias y al público adulto. «En todo museo los jóvenes son el reto —dice Ángela García Blanco—, pero, ¿cómo conseguir que los jóvenes acudan al museo por propia voluntad cuando competimos con otras muchas formas de entretenimiento —desde el deporte al «salir con los amigos», pasando por el cine o la música —, en prin-

cipio mucho más atractivas?». La respuesta a este interrogante es la combinación entre el estudio y el juego, buscando siempre la implicación de los participantes. La doble intención lúdica y didáctica se traduce en la estructura de las actividades.

Junto a los conocimientos teóricos que se intentan transmitir hay una parte experimental, en la que se llevan a la práctica los conocimientos adquiridos. «Es la parte que más atractiva les resulta y en la que se consigue una mayor implicación», explica Ángela Blanco, que también destaca la función socializadora de estos talleres. A través de las actividades, los niños aprenden a relacionarse entre ellos y, lo que es más, a comportarse dentro de un espacio tan lleno de normas como es un museo. Los niños se acercan a las piezas del museo en un entorno mucho más abierto, más lúdico.

Alternativas para el tiempo libre

«Cuando me apuntó mi padre, pensé vaya rollo, pero por probar... Pero es divertido y te lo pasas bien». Es la opinión más frecuente entre los jóvenes participantes, que llegan al museo principalmente por iniciativa de sus padres que deben enfrentarse al repentino incremento de las horas de tiempo libre de sus hijos durante el período vacacional. Ángela García Blanco, del Antropológico Nacional, apunta al respecto que «cada vez encontramos más

Verano cultural

Museo Antropológico Nacional:

Talleres de Verano, Domingos en el Museo, Noches de Cine de Verano

Museo del Prado: Actividades infantiles y visitas especiales (Tesoro del Delfín, edificio Villanueva, escultura clásica)

Museo Nacional de Arte Romano: Los Jueves del Verano (visitas nocturnas)

Museo Nacional Reina Sofía: Actividades infantiles, cursos, conferencias y visitas especiales

Casa de Cervantes: Visitas nocturnas

Museo Nacional de Cerámica y Artes Suntuarias: Noches de Verano (visitas nocturnas)

Museo Nacional de Escultura: Las Noches de los Jueves en Villena (visitas nocturnas)

Museo de América: Noches de verano

Museo Cerralbo: Talleres infantiles

Museo Sorolla: Los miércoles de verano

Museo de la Real Academia de BB.AA. de San Fernando: Tardes de verano

Museo de Ciencias Naturales: Talleres, cursos, charlas y salidas de campo

Museo Nacional del Ciencia y Tecnología: Talleres y charlas

familias que no buscan simplemente llenar ese tiempo libre de sus hijos, sino acercarlos al museo y a todo lo que eso significa: el arte, la historia, la cultura...». Los niños, por su parte, se muestran encantados. Sorprende la concentración de los pequeños asistentes a estas actividades, algunos de tan sólo 7 años. «Los niños suelen estar muy atentos, muy pendientes de todo lo que les contamos, aunque, por supuesto, les guste mucho más la parte experimental», comenta Rosa, una de las monitoras. Los padres también confirman que esta forma de aprendizaje a través del juego funciona a la perfección: «Llega a casa y nos cuenta a su madre y a mí cómo cazaban los hombres primitivos... se lo sabe mejor que nosotros!», dice orgulloso uno de los padres. Pero si hay algo que confirma el éxito de estos talleres es que los que lo prueban, repiten. «Algunos deben tener una verdadera colección de jarrones en casa», comenta Rosa.

La oferta cultural durante los meses de verano se ha multiplicado durante los últimos años para intentar atender esta demanda creciente. Los talleres creados por el Museo Arqueológico Nacional, este año ya en su cuarta edición, son de los más veteranos, pero cada año aparecen nuevas propuestas, como, por ejemplo, las actividades organizadas por el Museo del Prado para la próxima semana, con las que se pretende acercar el mundo del arte a los más pequeños. En general, con la llegada del verano los museos tienden a incrementar sus horas de apertura —por ejemplo, con visitas nocturnas como las de la Casa de Cervantes o el Museo Nacional de Arte Romano— y los servicios que ofrecen al público. La tendencia apunta a aumentar también la oferta durante el resto del año. Un signo de que la cultura se consolida como forma de ocio en la que invertir nuestro tiempo libre. Ya pedíamos aprender de los niños.